

EL PLACER DE HACER CON LAS MANOS

Jornadas Cestería Tradicional
Gallega (Vigo)

22-10-1999

Conferencias



AGC



Vamos a hablar de lo que dice el título, más bien los dos títulos que os han traído aquí a los que habéis venido; y cuando digo "vamos", es porque tengo la confianza de que, siendo cuestiones que a todo el mundo le tocan y de las que cualquiera ha reflexionado y sentido, podamos tener un rato en que también me digáis, me saquéis vuestras ocurrencias, también las ideas que tengáis hechas, para tratar de destruirlas, que es para lo que estamos aquí: la razón, cuando se la deja, a lo que se dedica es a destruir ideas. De manera que, contando con eso que vendrá después, ahora os introduzco estos temas.

Me encontré al llegar a Vigo con un título que yo no había previsto y que no se cómo habrá surgido: hablaba del hacer con las manos, que se de lo que verdaderamente toca de cerca de estos asuntos de la cestería y de las otras artes manuales, y de esto hablaremos, pero un poco más tarde (de esto de hacer -no trabajar- hacer con las manos) porque antes quiero que quede relativamente claro lo que se refiere al otro título que habéis visto, que dice: Cultura contra tradición.

Las ideas, falsas como son todas las ideas, acerca de esto son muy difíciles de romper y por eso me dedico con todo el ahínco que puedo. No se trata sólo de diferenciar entre Cultura y tradición, no se trata sólo de denunciar el error que hay en cosas como hablar, como se habla todos los días, de Cultura popular, sea Cultura popular en general, se Cultura popular gallega o cualquier otra cosa, sino de mostrar esa enemistad, esa contraposición que está dentro, mostrar cómo Cultura es en cierto modo muerte de eso otro a lo que más vagamente alude lo de tradición, tradición de gente, tradición de pueblo.

Quiero de lleno, sin más, presentaros una prueba de esa contraposición: en esto a lo que aludimos aquí como tradición, no hay progreso: en la Cultura sí; la Cultura es toda ella progreso, es una Cultura progresada y aspira a progresar y esto es enteramente extraño a las artes verdaderamente populares y a las otras actividades que podemos llamar tradicionales, en las que no hay tal cosa, porque en la tradición, en contra de la Cultura, no hay proyecto que cumplir, no hay futuro; el futuro es todo él cosa de la Cultura, la Cultura siempre al servicio del Poder, el Poder que a su vez se funda en esta fe en el Futuro, en esta fe en el tiempo vacío, sobre el cual todas las operaciones del Capital y del Estado se cumplen. En esto a lo que aludimos como tradición no hay nada de eso, no hay futuro, no hay proyecto, no hay planes; falta la idea misma de progreso. De un artesano en el que podamos pensar, cestero u otro, que se dedica a hacer cosas tal como ha venido aprendiendo a hacerlas por tradición, sería del todo inoportuno pensar en cosas como las que todos los días en cambio nos meten en los actos culturales, artísticos y carallos de todo tipo; no hay, como suelen decir ahora mucho los ejecutivos, *retos* que el mundo te pone, como si el mundo te estuviera poniendo retos o desafíos para ver si eres tan potente que llegabas a responder a esos retos y cumplir lo que ellos te pedían. No hay nada de eso de lo que ya desde antes venía a llamarse *un vacío* en los prólogos de los libros, como si efectivamente el vacío fuese una especie de cuenco, de cacharro limitado, y entonces cada nueva producción literaria o artística tuviera que venir a llenar un poco la parte de ese vacío.

Todo esto que os pongo como características de los hechos culturales es enteramente extraño a una verdadera tradición. De lo que se trata con todo eso del futuro, del proyecto, del plan, de los retos, del vacío que llenar, es de conseguir lo que al Poder le conviene, es decir, que no se haga más que lo que ya está hecho, que no suceda

más que lo que ya ha sucedido, que suceda otra vez con apariencia de renovación, que se haga algo que a lo mejor incluso se llama nuevo y hasta si nos descuidamos revolucionario, pero que es mentira, que es hacer lo que ya estaba hecho, y es evidente que al Capital y al Estado, al Poder en general, esto es lo que le conviene: que no suceda nunca nada imprevisto. Para eso, para evitar ese riesgo, están los proyectos, los planes, los cálculos de todo tipo. Confiamos aquí en que, a pesar del Poder y de la Cultura que él maneja -con la televisión a la cabeza, primero de los órganos de educación de masas-, a pesar de eso y por debajo de eso, sigue viviendo algo: unas costumbres, unas actividades a las que llamamos tradición.

Os pongo también el ejemplo, respecto a esto del aprender, precisamente en la institución de la enseñanza. Fijaos (muchos de vosotros, especialmente los más jóvenes, los menos hechos, lo estáis padeciendo ahora) que la enseñanza está constituida por planes de estudios; hay planes para cada una de las asignaturas, para el desarrollo de nuevas enseñanzas y todo eso.

¿Qué quiere decir un plan de estudios? Quiere decir que ya el ministro del ramo, un ejecutivo de los que antes llamábamos chupatintas y ahora se llaman ejecutivos y hasta ejecutivos de Dios como yo los llamo, ese Sr. sabe ya de antemano todo lo que va a haber que estudiar en el curso que viene, incluso, si pretende desarrollar planes a más larga vista, todo lo que va a poderse, en esa asignatura, en esa ciencia desarrollar durante los años sucesivos; lo sabe todo de antemano.

¿Cómo puede hacerse un plan de estudios? ¿Cómo un señor, cómo un ejecutivo de Dios, desde allá, desde lo alto, que a lo mejor ni le ha visto el forro a la asignatura de la que se trata, puede dictar un plan, determinar qué es lo que se va a estudiar? Esto, por un lado, no tiene sentido; por el otro lado, es la Realidad. Así se os hace estudiar, así funcionan los estudios, cumpliendo etapas, cumpliendo programas de los que allá arriba ha establecido alguien que seguramente no tenía más saber que el de creerse que lo sabía, la virtud que es al mismo tiempo la idiocia fundamental.

Pero, si por un lado esto, por otro, esto también (la insensatez de esto de los planes, de los proyectos que constituye la Realidad) deja descubrir que por lo bajo, sin embargo, a pesar de eso, en contra de eso, puede seguir habiendo una curiosidad, un descubrimiento de lo más imprevisto; y es justamente eso que queda todavía por ahí debajo de los planes, debajo de la Cultura, lo que nos permite denunciar esta insensatez reinante de los planes de estudio y de los planes en general: no puede ser que haya un ministro de Dios que sepa de antemano todo lo que hay que saber; si eso fuera así, estaríamos literalmente muertos. Lo único que nos queda aquí de vivo es que eso es mentira, que es mentira que se pueda de antemano saber qué es lo que se va a hacer en un arte determinada, o qué es lo que se va a hacer o estudiar en cualquier disciplina.

Bueno, en la tradición no hay nada de eso. Fijaos bien que, como la contraposición entre Cultura y tradición es tan neta, mientras que puedo permitirme, como acabo de hacer, hablaros de la Cultura y de sus insensateces sin reparo ninguno, en cambio tengo mucho reparo en hablar de lo otro, en hablar de lo que está oprimido por la Cultura pero que vive todavía, a lo que llamo tradición, tradición popular. Tengo reparo, porque su gracia es que no se deja denominar, incluso hay algo de traición en llamarlo tradición mismo, en llamarlo pueblo. Hay algo de traición, porque la propia denominación está ya al servicio del Poder, es un intento de asimilación, de integración

de eso que a lo mejor no estaba integrado ni asimilado. Pero no hay otro remedio: tenemos que hablar y yo confío en que seguís manteniendo viva la contraposición.

Si nos referimos a la tradición, estamos hablando de otra manera enteramente distinta, estamos más bien aludiendo, sugiriendo cosas sin intentar someterlas a una teoría, ni a unas ideas, ni a una denominación. En la tradición no se da nada de eso: proyectos, planes futuros; no hay nada por delante, no hay futuro. Lo que hay en las tradiciones, en la cestería entre otras, es un proceso de repetición, de repetición de lo mismo. Carlos Fontales mismo me comunica su experiencia de cestero; esta mañana en el mercado da Pedra he estado viendo también a algunos cesteros en plena actividad; y en esta artesanía o arte, como en cualquier otro, lo que se da de tradicional es simplemente el proceso de repetición. Como dice el dicho castellano, "Quien hace un cesto hace ciento". En este refrán, que se puede llamar reaccionario, significa que lo que rige en la tradición es una repetición, un intento de volver a hacer lo mismo; la gracia y la maravilla de esto está en que nunca se puede repetir del todo, íntegramente. Se da el intento de repetición, se trata de volver a hacer el mismo cesto, y esto es el arte mismo y el aprendizaje del arte, pero al mismo tiempo sucede que, a lo largo de la tradición y su aprendizaje, cada vez se haga mejor, a fuerza de repetición cada vez se haga mejor y que incluso en ese proceso de repetición se venga a dar un hallazgo, un invento; como dirían ellos desde arriba, una revolución en la técnica. Pero esto se ha producido, en caso de que se produzca, en virtud de ningún reto del futuro, en virtud de ninguna idea, en virtud de ningún proyecto: esto se ha hecho por el juego mismo de la repetición y al mismo tiempo la imposibilidad de que la repetición sea literal. Claro que esto lleva mucho tiempo, muchos siglos, muchos milenios; sobre esta cuestión de la medida del tiempo pienso volver dentro de un poco. Pero por ahora me interesa contraponer lo que de la Cultura se ha dicho: que está regida por el futuro, contraponer eso con la aspiración que rige las tradiciones de artesanía u otros.

Esta inspiración viene justamente del otro lado, viene de atrás, viene de lo que, si nos dejáramos idear el tiempo, sería el pasado, que más bien tendríamos que decir que, puesto que el pasado es lo que ya no es, viene de lo que no se sabe y va hacia lo desconocido, donde pueden producirse hallazgos imprevistos y cosas por el estilo. De esta manera contrapongo, de la manera más neta, lo que en las tradiciones rige con el saber, con el tener ideas de lo que se está haciendo. La inspiración viene de atrás, de lo que no se sabe; y esto, como dije hace un momento, se puede estender a cuando nos preguntemos por quién hace los cestos, por el autor.

La inspiración viene evidentemente también de algo que no es la persona (el cestero, el artesano, el artista), que es lo que en uno hay de no se sabe, y se puede decir incluso *viene del pueblo*; la inspiración viene del pueblo.

Me importa de momento, aunque volveré a insistir al final sobre esto, que veáis esta conexión entre la inspiración de lo pasado -por contraposición al cumplimiento de lo futuro que en la Cultura rige- con esta procedencia de lo desconocido que se refiere también al autor, que pretendidamente rige -pero es falso- esas manos que fabrican los cestos, esos pies que fabrican las danzas, esos labios y lenguas que fabrican las canciones, que rige todas las producciones tradicionales. Esa es la inspiración: lo que viene de atrás. Usando la imagen, diríamos que lo que nos gobierna, nos manda y nos mata -la Cultura, el Poder- es como si hubiera desde delante, desde lo futuro, alguien que está tirando de nuestro barco para llevarlo a un puerto ya sabido de antemano:

frente a esto, lo que es popular, es lo que está como un viento moviendo ese barco por el mar sin fin, sin saberse muy bien hacia dónde va hasta que ha llegado.

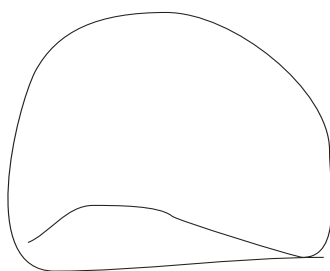
Esa contraposición entre el cumplimiento de lo futuro y la inspiración de lo pasado, que con esta imagen os pongo tan a lo vivo, es importante si queremos entender algo de esto.

Ahora voy a pasar a otro ejemplo de esto mismo y cumplir lo que antes os prometía de hablar un poco también de la medida del tiempo en relación con esto. Os voy a hablar del más antiguo de los productos artesanales y artísticos, que, muy vagamente representado, viene a ser una cosa así:



Esto es la piedra de sílex, a la que se llama, pero mal, un hacha.

La imbecilidad dominante llega a pensar que cree que sabe qué es lo que era esto. En los tebeos aparece algún hombre prehistórico, de esos que son tan imbéciles como los actuales, para que no haya dudas, que tiene un chisme de estos amarrado a un palo. Es insensato: nadie sabe para que sirve esto. Esto es una cosa que por los bordes, como sabéis, es cortante; eso es verdad, por todo el borde: por tanto, para manejarlo cogido con las manos, pues no. Algunos, desde el fondo de la prehistoria usaban otra cosa que es mucho más sensata, que era un canto rodado que se quedaba liso por un lado y por otro se rompía:



pero ésta, más moderna en la prehistoria, esta piedra, esta piedra sílex, con las manos no se puede agarrar: ya comprendéis que para amarrar esto a un palo como en los tebeos, pues tampoco tiene sentido: ¿qué cosa más inapropiada para amarrarla a un palo que una cosa de esta forma y este tamaño?

Es siempre de esta forma y más o menos alrededor de ese tamaño con que lo he dibujado. Y esto, cada vez que se escava la tierra, se encuentra por cientos de miles de estas mal llamadas hachas, que, cuando la gente antes las encontraba por los campos, las llamaba piedra-rayo. Quiere decir que durante milenios se han estado produciendo estos chismes que, si somos honrados, no sabemos para que servían.

Desde que algunos monos más o menos capaces de hablar salieron del fondo de África y vinieron a pasar el istmo y se empezaron a estender por Asia, por Europa, por todas partes, hay como un millón de años o cerca. Si un millón de años es esto (ver gráfico), esto son diez mil años; bueno pues diez mil años es lo que llamamos muy orgullosamente Historia.



Diez mil años es la historia, y, aunque sea muy groseramente, ya veis la proporción, la diferencia entre lo que sabemos, diez mil años de historia, es decir desde que hay escritura -y lo que no sabemos- desde que hay gente hablando por el mundo.

La piedra sílex es la primera producción de la que nosotros tenemos noticia; porque probablemente al mismo tiempo que hacían esto, estas piedras talladas, hacían otras cosas que no nos han llegado. Pero la única producción artesanal de que tenemos noticia es esta: la piedra sílex tallada, cortante por los bordes y de la que no sabemos para qué podía servir y cómo se podía usar, pero que evidentemente se producía constantemente. Ésa es la primera muestra palpable de tradición que tenemos, y evidentemente esta piedra, al mismo tiempo que cada vez se trataba de reproducir la misma, sin embargo tampoco era exactamente la misma. Las mal llamadas hachas fueron mejorando, haciéndose cada vez mejor para lo que fuera, respecto a lo que fuera, y así, como sabéis, se podía llegar a hallazgos como el que en nuestros libros de prehistoria era el paso a la piedra pulimentada. Esto (tramo del gráfico) son quinientos mil años de tradición; de forma que con este ejemplo extremo os quiero sugerir de la manera más evidente lo que llamo tradición en general. Así por el puro impulso de repetir lo mismo con un trozo de piedra, sin que nosotros ni el que lo hacía supiese exactamente para qué, con este impulso de repetición de lo mismo y el hecho de que nunca podía ser lo mismo, es como ha venido funcionando, a lo largo de todo esto sobre lo que se montan nuestros diez mil añitos de historia (este siglo de siglos), ha venido funcionando lo que era tradición.

La escritura es la primera condición de que haya Cultura: sin la escritura no hay posibilidad de que el ministro dicte planes, ni hay ninguna otra posibilidad de que produzca

otra cosa. La escritura es el fundamento, y esto es desde hace un siglo de siglos, y lo que llamamos frente a ello tradición viene desde no se sabe cuándo, incluso, haciendo caso a los historiadores, cosas como quinientos, seiscientos mil años.

Era importante poner un ejemplo, aunque no sea precisamente de la cestería, de lo que podía ser una producción artesanal. Es posible que estos mismos hombres que se dedicaban a hacer esto con las piedras, pues también fabricaran algo como cestos, pero claro los cestos se hacen con materia harto perecedera y entonces, pues no los podemos encontrar escavando en la tierra, esa es la ventaja que la piedra tiene.

Cuando el cambio, la producción en la repetición, se va produciendo cada vez más de prisa por lo que sea, cuando los cambios y las revoluciones se suceden unos a otros cada vez más juntos, entonces, por ese procedimiento, se puede llegar a *concebir*, a que la gente que hacía esas cosas se haga una idea acerca de las cosas que está haciendo, y eso es precisamente el paso que os ha pintado a la Historia, el paso a la Cultura: cuando en virtud del acrecentamiento, de la rapidez de los cambios en las alteraciones de la tradición, llega a tenerse idea de lo que está pasando, de lo que está sucediendo, es el punto decisivo en que entramos en la Historia en la Cultura, en que empezamos a tener una idea del tiempo futuro, vacío, sobre el cual todos los manejos del Poder se fundan. Y entonces, llegamos a la actualidad, donde empleamos ese procedimiento: por ejemplo, primera mitad de este siglo, se ha inventado desde hace cincuenta años un chisme que hace llegar la voz a distancia: entonces deducimos: puesto que sabemos que el oído y la vista forman parte de los cinco sentidos, ¿por qué, puesto que se ha inventado desde hace cincuenta años un chisme que hace llegar la voz a distancia, no se va a inventar uno que transmita la visión a distancia?: la tele. Esa una mera deducción en abstracto, característica de las operaciones de esto que llamo Cultura y que os contrapongo a la tradición. Así es como en nuestros días se inventan constantemente chismes que no estaban pedidos por nada precedente, que no estaban inspirados por nada de atrás, sino deducidos sobre el tiempo vacío, obedeciendo a eso del reto que dicen los ejecutivos: si hemos llegado a la Luna, ¿por qué no a Marte?; y todas las demás idioteces con que os tienen llena la cabeza, son de ese mismo orden, están fundadas en ninguna inspiración en lo sensible y en lo que viene de atrás, sino justamente en el cumplimiento de retos del Futuro.

Es lo que os quería presentar; y, antes de pasar a invitaros a seguir hablando respecto a todo esto, tengo que hablaros un poco de los que hacen estas cosas, de los aparentes autores de las cestas, de las esculturas, de las canciones y demás.

He hablado de la repetición, que ahora hemos de ver que implica una cierta maquinabilidad. Efectivamente, está claro que un cesterero no puede pararse a pensar a cada cesta que hace en cómo tiene que meter una fibra por debajo de la otra, en qué orden y todo eso. O una mujer, una viejita que se dedica a hacer labor de ganchillo, no puede estar pensando ni en el hilo ni en la aguja ni en cada puntada que da, porque entonces no se haría nada; por ese procedimiento no se hace nada. Las actividades son en cierto modo, por fuerza, maquinales, automáticas; las actividades artesanales, a las que esto de la tradición se refieren sobre todo, maquinales, automáticas. Contraponedlo con la pretensión de los artistas que están en lo alto de la Cultura y que, si se les sugiere que aquello que están haciendo es automático o maquinal, pues se sentirán insultados, porque ellos piensan que aquello lo están ellos dirigiendo a conciencia y por su genio personal. Esta contraposición es la que tenemos que aprovechar y en la que hemos de fijarnos.

Efectivamente, la producción tradicional tiene esta condición de automatismo. Quiere decirse que, a medida que el cesterero va aprendiendo a hacer cestos y trata de repetir siempre lo mismo, ya deja de saber lo que está haciendo, de calcularlo, de tener una idea de ello, y es como si sus dedos lo hicieran; esto es lo que quiere decir automático maquinal: es como si sus dedos lo hicieran, como si algo se hubiera instituido que se encargara de toda la complicada serie de manejos, de mantener también el orden entre los varios tipos de manejos, que requiera la fabricación, con sólo muy ocasionalmente una intervención de las llamadas facultades superiores; por ejemplo, para corregir una equivocación que se pueda dar en el trenzado o en lo que sea; pero la labor de ordinario la hacen las manos.

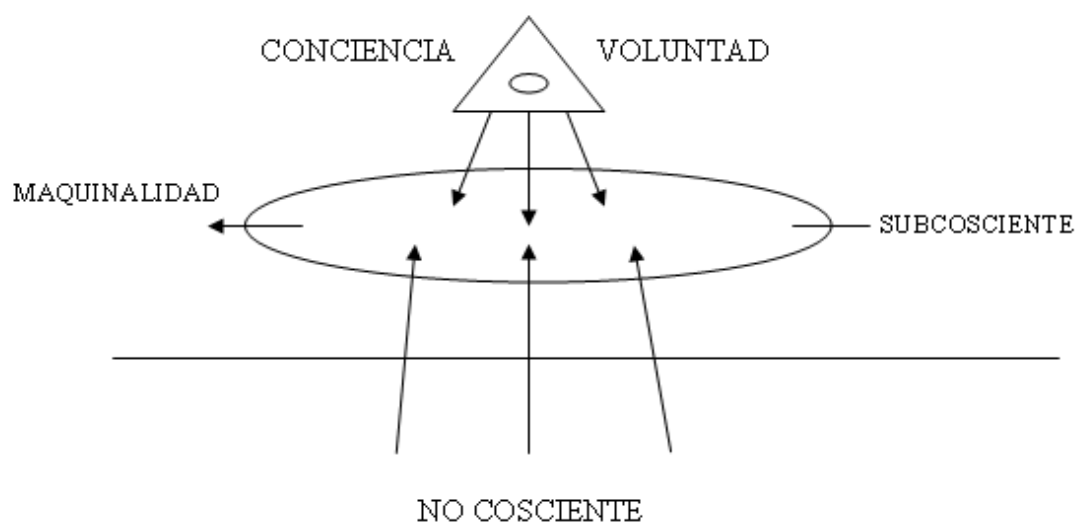
Si acudimos a cualquier otra tradición como la danza, que es probablemente tan vieja como la mal llamada hacha de sílex, todo el mundo sabe que uno tiene que aprender a bailar y además tiene que aprender a bailar determinados bailes, y todos sabéis también que mientras unos es consciente de lo que está haciendo no baila bien: cuando ya baila bien, su conciencia y su voluntad no intervienen para nada (si intervienen, no es más que para molestar), y los que bailan son los pies: esta es la maravilla. Una vez que el arte se ha introducido, los que bailan son los pies; y, bueno, lo mismo en todo lo demás; esto relacionarlo con la tradición.

Os he contrapuesto este intento de repetir siempre lo mismo, combinándose con la imposibilidad de que se pueda nunca repetir del todo lo mismo. Esto hace que por ejemplo, acudiendo a otra forma de arte tradicional, en la canción (me refiero tanto a la música como a la letra el intento es reproducirlas, como en todo lo demás: se reproduce, se repite una y otra vez, va pasando de boca en boca, de oídos in oídos, y, en la media en que se canta bien, ya no hay allí nadie que intervenga: uno aquello lo hace (y tanto mejor lo hace), cuando no tiene que pensar en ello, ni en la música ni en la letra: le sale. Y como la repetición es imposible y como no todo el mundo tiene igual de buen oído ni tiene el mismo gusto, sino que hay variaciones entre la gente, de vez en cuando, a pesar del intento de cantar la misma canción, pues no, se producen errores, se producen desviaciones tanto en los tonos como en la letra, y eso es justamente lo que vive en la tradición de la poesía popular, donde nunca hay un texto - como en la Cultura-, un texto terminado y literal, sino variaciones, variaciones y desviaciones más o menos grandes. Bueno, pues no sólo es que la producción sea maquinal, sino que también estas desviaciones han sido inintencionadas, han venido inspiradas por algo que estaba debajo de uno, aunque puedan ser en principio sus incapacidades para reproducir la música, para tener tan buena memoria como para reproducir exactamente el mismo texto; el caso es que ha venido inspirado por algo que no era uno: no son revoluciones que el autor haya hecho: son todo lo contrario, son cosas que han venido por vía también de maquinalidad, de automatismo: la reproducción y la alteración de la reproducción, todo eso viene de ahí.

No puedo detenerme a explicaros cómo es el alma, pero voy a intentarlo muy rápidamente en este cachito (de pizarra) que nos queda aquí. Dibujaros cómo es el alma.

Podemos pensar que efectivamente hay unas facultades superiores que puedo dibujar casi como el triángulo del ojo de Dios: esto es la voluntad, esto es conciencia: son las facultades superiores. Y luego por debajo de esto hay cosas que podrían ser animales, lo que nos queda de instintos, de desconocido. Bajo la Cultura hasta esto se le quiere asimilar y por ejemplo los psicoanalistas, desde luego vendidos al poder, lo llaman el inconsciente, como si el inconsciente fuera cosa de uno. Pero más interesante

es que hay una región en el medio, en nosotros que es una región a donde han ido a parar cosas que han sido conscientes pero que por algún motivo han tenido que saltar esa barrera y quedar empotrados: son los llamados subconscientes, porque esto otro es lo no consciente, lo que no se sabe por llamarlo de alguna manera, lo que nos queda de animal. Bueno esta es la culminación que forma un alma, la almita de cada uno de nosotros.



¿Cuánto de este aparato es personal, pertenece al individuo? Ésa es la cuestión.

Desde luego, uno está seguro de que su voluntad y su conciencia son personales. Que en esto de lo subconsciente haya algo todavía de personal, puede ser: a lo mejor, con muchas dudas, podríamos decir que la persona llega hasta aquí (señalando en la pizarra una franja intermedia en la zona del subconsciente), vagamente. Esto es lo que nos explica que los ensueños, que nacen desde el subconsciente, aunque impulsados por algo de más abajo, según Freud descubrió, sean en cierta medida personales, no tanto como sus acciones conscientes y voluntarias de despierto, pero tampoco del todo impersonales, de forma que en esa medida sería mío; y luego, todo lo demás que está más debajo de la raya, *mi* inconsciente, de verdad no es mío. Pero incluso esto del subconsciente hay una gran medida que no es mío, y ése es precisamente el punto que quiero enseguida señalar. Hay aquí un sitio del que proceden, del que surgen las producciones maquinales, como las del baile o la cestería: de un sitio que ya no soy yo, el Yo, y que, cuando, como en las demás artes, se llegan a hacer bien, se hacen maquinamente, entonces ya no las hago yo desde aquí arriba, sino que proceden por esa misma vía a partir de lo subconsciente, de eso que fue consciente, porque hubo que aprender el arte, pero que después ha quedado encerrado, para que técnicamente marche bien, en un recinto de aparente olvido pero, en el caso que a nosotros hoy nos interesa, no por motivos de censura, sino por motivos de conveniencia técnica, para poder bailar de vez en cuando, para poder hacer eso sin tenerlo que pensar, sin tenerlo que idear cada vez. Esa parte del aparato, lo subconsciente, es el origen de las repeticiones maquinales, de las que luego entre la gente se producen tradiciones.

Apenas hace falta que os diga que la primera producción, la que ya se produjo por lo menos desde que se tallaban piedras sílex y seguramente que antes, la primera de las tradiciones, es la de la lengua: es la gramática de la lengua el sitio donde primero se establece este dispositivo subconsciente. Por eso la gramática, la lengua, no es de uno. Y por tanto, si no es de uno, con mucha más razón no va a ser de los ejecutivos de Dios en el Poder, que no pueden mandar en la gramática de la lengua, porque ni siquiera saben con qué se come eso, ni sus académicos, ni el resto de sus cultos dedicados al engaño; es común, lo contrario de personal; esa región que os he pintado, esa región es lo que a uno le queda de pueblo. La lengua de verdad (no la escritura, que es Cultura, y ésta es de los señores y de los individuos) la lengua de verdad, ésta no es mía, ésta no es personal; la lengua de verdad es común y en ella ni mando yo ni mandan los académicos ni manda ningún otro de los ejecutivos: ella funciona por su cuenta, y es de ella de la que nacen todas las demás producciones maquinales y artesanales, a partir del establecimiento de esa región subconsciente.

Termino pues contraponiendo el necesario anonimato de la producción tradicional, en las artesanías de cualquier orden -en canciones, en músicas- con la pretensión del Autor y de los Derechos de Autor. Apenas puedo encontrar en ningún sitio un medio más neto de contraponer lo uno con lo otro. La canción tradicional es anónima, no digamos la cestería tradicional: es muy raro que algún cesterero haya empezado a poner su nombre y eso desde luego lo ha hecho muy recientemente, cuando ya la Cultura está establecida. Efectivamente, los alfareros de la antigua Grecia, como todos sabéis por vuestros libros de texto, en los vasos áticos de figuras negras y figuras rojas, pues a veces ponían sus nombres: *lo hizo Fulano*; pero esto porque eran artesanos muy pervertidos y a por la Cultura, donde la noción de autoría, del autor, está bien establecida. A un artesano un poco más antiguo no se le ocurre eso: las canciones, las baladas, los romances que en un libro he intentado yo mismo imitar, no tienen nombre; lo del anonimato no es una casualidad: es que efectivamente no proceden de autor, no tienen nombre; tienen toda la razón para no tener nombre, porque sólo de esa manera puede decirse que son verdaderamente populares.

De manera que ésta es la gran contraposición: todo lo Cultural está sometido a la fe falsa en que uno está bien hecho, con su incosciente y todo; que uno, Fulano de Tal, está bien hecho, constituye un ente personal, y que, por tanto, si hace música o si hace cacharros, los hace él, con su genio personal. Ésta es la estupidez reinante, que veis sobre todo en el mundo de las artes de todo tipo, donde la figura del artista figura en primer plano; es lo que, a vosotros, que tenéis que estudiar literatura, filosofía o cosas así, os hacen cuando os confunden el pensamiento, la poesía, o lo que sea con el nombre, bajo el nombre, de los poetas y de los filósofos. De esta manera, literalmente el poeta se come a la poesía, se carga a la poesía, es decir, acaba con todo lo que podía quedar en uno con la capacidad para la producción popular, artesanal, maquinale: trata de someterlo todo a esta idea de la persona, cerrada, el individuo con sus ideas personales, sus opiniones, sus gustos personales. El régimen que hoy padecemos, el de la Democracia o Régimen del Bienestar, está fundado más que ninguno sobre esta creencia falsa. Se nos hace creer que el pueblo consiste en una especie de conjunto de individuos, cada uno de ellos con sus ideas y con sus gustos; entonces se piensa que, llegado el caso de la promoción de un artículo de comercio, o llegado el caso de una votación política, pues se puede pedir a las personas que den cada uno su opinión, que digan su gusto; y, si entonces eso se suma y constituye una mayoría, pues

eso va a ser algo como la voz del pueblo; por eso es el régimen más perfecto de todos los que nos ha tocado padecer: es la muerte del pueblo, porque está fundado en esa confusión: confundir pueblo con el conjunto de personas, cada una de ellas bien costituida, con sus gustos y con sus opiniones personales.

Todo lo que uno puede hacer que valga la pena de veras para la gente, lo mismo en cestas que en poesía que en lo que sea, todo lo que uno pueda hacer será algo que salga ispirado de atrás, de abajo, de lo no sabido. Pero todo lo que haga como un Dios creador, todo eso a la gente de verdad no puede servirle para nada más que para la esclavitud; eso sólo puede servir al Poder y por tanto a la costitución de esta cosa mortal que hemos llamado Cultura todo este rato, Cultura en la que muere todo aquello que podía quedar de vivo, de tradiciones. Muere, aunque hay que terminar diciendo: muere, aunque nunca muere del todo; si no, ni siquiera Carlos podría hacer cestos, ni yo podría estar diciendo lo que os he dicho.

Con lo cual pasamos a esta última parte en que os dejo la palabra; y la organización cultural, a pesar de todo lo que he dicho, nos ha proporcionado incluso este milagro de un micrófono inalámbrico, para que vuestras voces puedan quedar grabadas igual que la mía, de manera que todo lo que se os vaya ocurriendo

PUBLICO: Yo quería meter el dinero en medio de la charla. Si es posible, a ver si somos capaces de cuando haciendo cestos, usando el subconsciente y queriendo hacer arte o seguir la tradición, se mezcla el precio de la gasolina, la necesidad de funcionar y tal. A ver si nos puede hablar un poco de eso.

AGUSTÍN: Bueno, está claro: has pronunciado lo que pasa; ésa es la triste Realidad. Por mucho que a uno le quede de pueblo y quiera dejarlo funcionar, sea por medio de cestos o no, pues es también persona, y por tanto un sometido al Capital y al Poder; y el uno no se puede separar del otro. Yo he distinguido ahí las regiones del alma, pero eso no quiere decir que se puedan coger y separar cada una por su cuenta. Ésas no son las condiciones de la Realidad; así que uno tiene que, en el trance que has puesto, uno tiene que arreglárselas como pueda para ir tirando; es decir (esta mañana hablaba justamente con amigos de esto) no hay receta; no hay más que decir, por un lado, mantener vivo este sentimiento al que he tratado de dar palabras, la contraposición entre lo que es verdad, lo que es pueblo, lo que es nadie, lo que es nadie personal y que sigue viviendo allá abajo, la contraposición de eso con la Cultura que nos venden, y una vez que esto se mantiene vivo hasta el punto de que pueda, en muchas circunstancias, molestarle a uno personalmente la conciencia de esto y no dejarle vivir, una vez que esto se hace, no queda más que un cálculo en cada ocasión que se presente: ¿Pido a la Xunta subvención o no se la pido?. ¿Publico un artículo en el más condenado de los diarios, en El País o en cualquier otro, o no lo publico?: Cada vez que se le presente esto (o a mí: ¿Acudo a la invitación de ir a las Jornadas de Cestería Popular Gallega o no acudo?) pues no le queda a uno más que echar cuentas; es triste, es económico, es decir: ¿Cuánto puedo adelantar de veras en cuanto a ayudar a que eso de pueblo y de artesanía tradicional siga vivo haciendo eso?, y ¿cuánto pago?, ¿cuánto sometimiento pago al pedir esa subvención o al someterme a ese ar-

título?. Unas veces uno decidirá que merece la pena, otras no; y ésta es también mi experiencia en muchos casos.

P.: Sí, una cosa que decías muy interesante es esto de la creación en la propia ejecución, el hecho de que en el Arte ese mayúsculo, el Arte de los artistas parece que hay lo que se llama el momento de la creación, y luego, pues ya todo lo que se haga serán fotocopias o reproductividad técnica, pero no reproducción creadora que es la que caracteriza el arte este artesano; que es que, cada vez que se repite, es una creación.

A.: En cuanto a la contraposición de reproducción en un plano y en otro de los que he contrapuesto, conviene tener en cuenta esto: hay que oponer este intento que he llamado el tradicional de volver a hacer el mismo cesto, o volver a cantar la misma canción (que por la imposibilidad inherente trae consigo a lo largo de los milenios, o cientos de miles años, pues los cambios, las revoluciones que nadie ha planeado) contraponerlo con la reproducción que parece tan característica de este régimen que hoy padecemos, la reproducción de la que es por ejemplo buena muestra la fotocopia: es en cierto sentido lo contrario; porque cosa que rija en esta etapa moderna (este cachito de la Historia en que estamos metidos) cosa que más rija que la reproducción no hay: hubo un pensador, Walter Benjamin, que puso el dedo en esta llaga en especial, dándole vueltas a la noción de *reproducción*. Y tenéis que tener en cuenta que esto contrapone también lo que os he llamado la lengua verdadera con la escritura, es decir, con la Cultura; porque, hablando, nada puede nunca repetirse: nunca la misma frase es la misma frase, nunca el mismo fonema /P/ es el mismo fonema /P/, se pronuncia de infinitas maneras distintas; sigue siendo la misma, pero no es la misma: ésta es la maravilla del lenguaje. Pero, en cambio, con la escritura, las formas de reproducción pueden tener un carácter mucho más serio y más mortal: con la escritura se puede reproducir, se puede intentar dejar testimonio para siempre de lo que se ha dicho, y todo nuestro progreso consiste en un progreso en este procedimiento mortal: la invención de la imprenta; la invención de la imprenta y la producción de millones de ejemplares de cada diario cada mañana, la fotocopia y todos los demás inventos de los que no quiero ni acordarme siquiera, para no molestar vuestros oídos, que todos están fundados en la repetición.

Bueno, la contraposición está clara; pero quiero anotar que ni siquiera en eso el Poder es perfecto: puede que hasta en la producción de fotocopias se produzcan sucesos imprevistos. Muchas veces los sucesos imprevistos en la producción de fotocopias no sirven para nada, pero evidentemente la acumulación de desviaciones, hasta en la reproducción fototípica, pues está ahí y no se sabe lo que puede dar de sí.

Conviene no olvidarse de que, después que se ha descrito la Realidad con la crudeza con que he intentado hacerlo, conviene no olvidarse de que ni el Poder es nunca perfecto ni la Cultura es tan totalmente poderosa, ni nunca acaba de morir lo que nos quede de lo otro, de aquello de común, de vivo. Conviene acordarse siempre de esto: la pretensión de totalidad, de cierre, no es más que una pretensión de Ellos; Ellos sí, Ellos creen en un todo, pero es mentira.

P.: Hola, buenas noches. Eh, vamos a ver, en esta contraposición que tocas entre Cultura y tradición popular, eh, por un lado querría que esplicas a ver cuál es tu posición respecto a la Cultura; es decir, porque hoy, a mi modo de ver, hay un hecho objetivo, que es que en ese pequeño cachito de diez mil años de Historia del Hombre lo cierto es que, bueno, el Hombre en su creatividad colectiva o personal, individual, ha desarrollado todo un mundo que nos permite estar aquí, hablarnos por inalámbrico, estamos aquí.... Entonces, bueno, lo cierto es, cómo encaja, cómo encaja ese fenómeno, que es objetivo, que no creo que esté ayudado por un fenómeno de Poder (aunque sí, no cabe duda de que puede influirnos; es decir, el Poder tira de los inventos, como muy bien apuntaste antes), pero, bueno ¿cómo encaja esto y cuál es la postura?; es decir; ¿qué hacemos con la Cultura?; es decir, esa Cultura ¿tenemos que soportarla?, ¿forma parte de nuestro entorno en el sentido de que forma parte de nuestra vida ?; ¿es cierta, es una realidad que tenemos que aceptar, o tenemos que coger y revolución total, borrón y cuenta nueva, y a ver las cosas de otra manera? No sé si me entiendes el... ¿eh?.

A.: Sí. Bueno, desde luego, eso último no, no tiene sentido, porque eso sería pretender que uno puede hacer la revolución, personalmente, o reuniéndose con unos cuantos amigos; eso es una estupidez: uno no puede, ni él solo ni con unos cuantos amigos, dedicarse a destruir la Cultura, como a lo mejor tendría ganas, después de lo que yo he dicho; pero, vamos, simplemente, no tiene sentido. En cuanto a lo otro, ya que esto no tiene sentido pretender hacerlo ¿qué es lo que se puede hacer?. Es una cuestión que entra dentro del razonamiento de orden económico que antes he dicho y de la no receta, de la falta de receta. Hay que reconocer que dentro de lo que se llama Cultura, se maneja como Cultura, se vende como Cultura por parte del Poder, se incluye en los planes de educación y de pervisión de las sucesivas generaciones de niños y de muchachos, en fin, dentro de todo ese aparato de la Cultura, que es al que yo me he referido, hay muchas cosas que seguramente son buenas y en las que seguramente tú estabas pensando y sintiendo; porque dentro de eso uno tiene que incluir, tal vez, los descubrimientos de Heráclito de Efeso, o de Sócrates por las calles de Atenas, uno tiene que incluir las palabras de Cristo en el monte incluso, porque también los evangelios son escritura, son Cultura. Y no sólo uno tiene que incluir dentro de eso algunas voces escritas de gente de verdad sabia, de verdad ispirada por lo común, por la verdad, sino que incluso tiene que incluir la producción anónima, que también está dentro de la Cultura, porque la Cultura la ha tomado y aquí estamos en una muestra: la Cultura incluye dentro de sí cosas que no eran Cultura, que eran tradiciones, y para completar el engaño lo llama Cultura popular, o incluso Cultura popular gallega, o cualquier cosa para completar el cuadro ¿no?, de tal forma que ésta es la situación. Está claro que a lo que he llamado yo Cultura es a ese aparato o institución que, entre una mayoría inmensa de estupideces repetidas una y otra vez, abarca también y trata de asimilar palabras, acciones de gente que seguramente eran de verdad y valían la pena. A lo que yo he llamado Cultura ha sido al aparato: la presencia de lo otro, tengo que reconocerla, pero está claro que para mí esas cosas que la Cultura trata de abarcar y encerrar en sus libros de testo y en sus instituciones y exposiciones, eso es algo que sigue produciéndose, sigue vivo a pesar de la Cultura y precisamente en esa contradicción. Claro, si tú vas a la escuela y te enseñan "¡Sócrates!", y te dicen las estupideces que se suelen contar respecto a Sócrates, ha triunfado el Poder; pero si, por alguna casualidad, oyendo hablar a otro después, citar palabras de

Sócrates, o leyéndolas incluso en Platón, tú descubres algo, algo que te toca el corazón y la razón, entonces eso ya se ha producido a pesar de la Cultura, a pesar del sistema educativo por ejemplo; y así en todo lo demás. La pretensión de abarcarlo todo y hacer tablero raso de toda la poesía, de toda la filosofía, ésa es para el Poder: es la Cultura; nunca se cumple del todo; siempre quedan por abajo, dentro de ese pequeño cachito de la Historia, sometidos a la escritura y demás, siempre quedan cosas de esas, y uno tiene que tomarlas así, a través de la escritura también, a través de la Cultura. Yo, por ejemplo, aunque haya aprendido mucho de gente de abajo que me haya desengañado de muchas cosas, incluso por los golpes que a uno le dé la vida y que le hacen desengañarse de sus ideas, tengo que reconocer que, al mismo tiempo, he aprendido cantidad a través de los libros, tratando de editarlos y demás. Así es la cosa: uno reconoce que, dado que estamos en la Historia y en el mundo de la Cultura, si uno quiere cazar, encontrar algo que verdaderamente le toque el corazón y la razón, en muchas ocasiones tiene que hacerlo pasando por los libros, pasando por la Cultura, por la escritura y por todo lo demás. Entonces, el qué hacer, pues ya ves, como te decía, se reduce a una cuestión económica: mantener viva la contraposición, saber que uno no va a la escuela para tragarse todo lo que le manden, sino que, si va a la escuela, es porque no tiene otro remedio, pero que va a la escuela con el intento de descubrir -a pesar de los libros, a pesar de la Cultura- de descubrir algo que de verdad le diga algo. Y lo mismo que en esta cuestión de la escuela, pues en todo lo demás: hay que calcular: ¿cuánto uno se somete? (por ejemplo, también se somete a su propia persona al publicar libros bajo su nombre propio, porque, si no, le dicen los libros que no se venden, si no tienen su nombre, y cosas por el estilo), ¿cuánto, con esa utilización de los medios de la Cultura, paga uno, paga en cuanto a fe, idiotez, sumisión? y ¿cuánto a pesar de todo puede servirle a la gente por medio de ese pago, puede llegar a tocar el corazón o la razón de la gente? Pues es un cálculo siempre incierto, es un cálculo inseguro: uno va tirando como puede. Yo hasta cerca de los cuarenta años (hasta después de que, en gran parte, inspirado sin duda por el pronunciamiento de los estudiantes en el año '65, me pasó algo) hasta entonces tenía tal repugnancia a la publicación de libros que no lo hacía, o no hacía más que artículos doctos de lingüística o filología en las revistas consiguientes ¿no?. Después cambié de actitud: he llegado a pasar por ese precio de intentar publicar libros bajo mi nombre. Y, este es un ejemplo entre miles de ejemplos: cada uno tiene que arreglarse así, con un cálculo incierto, en el que puede acertar o equivocarse más o menos; pero desde luego la situación real es ésta: estamos en la Historia, estamos metidos en la Cultura en ese sentido; sentimos que, a pesar de todo, hay algo que no se deja someter del todo al aparato, y en ese tinglado es en el que nos toca jugar; no hay más receta que esa, ¿no?. Y ¿qué más?.

P.: Buenas noches, Agustín. No. Bueno, te iba a contar una tontería que se me ocurrió ahora. Que cuando decías que un oficio, la tradición, se manifiesta o constituye una repetición maquinal, parece que ese "maquinal" da un matiz así como, no por tu parte sino como suena, suena a peyorativo y a que es malo ¿no?, como una máquina, un objeto. En realidad lo que no hacen las potencias superiores, de conciencia y voluntad, al hacer algo, pues precisamente te las dejan libres: ¿no es así? O sea: un cesterero, o un alfarero, mientras está haciendo un objeto de esos que fabrica puede pensar, sentir, ver el mar, mientras que alguien que está leyendo el Boletín Oficial del Estado

pues no puede; está haciendo algo probablemente mucho más estúpido que el alfarero. Era la tontería que se me ocurrió.

A.: No, no es ninguna tontería. Además tú mismo has, yo creo, contribuido bastante a aclarar la cuestión.

Desde luego, yo era consciente de que el empleo de términos como *maquinal* y hasta *automático* produce los efectos que tú has dicho. Resulta que en este Régimen que padecemos, al mismo tiempo que utilizar no sólo las máquinas útiles, sino toda la cantidad de máquinas inútiles que nos venden, al mismo tiempo, está de moda un cierto desprecio por las máquinas, y, si te acusan de maquinidad o automatismo, te están insultando, porque se piensa que las cosas que uno hace son cosas regidas por las facultades superiores -conciencia, voluntad- y por tanto, se desprecian esas producciones del subconsciente, de lo común.

Bueno, a conciencia de eso empleo esos términos: yo estoy a favor de las máquinas, estoy a favor del automatismo, siento las ventajas que las máquinas tienen, que el automatismo tiene; lo único malo es que, como sabéis, en este Régimen estamos condenados a que, después de haber descubierto máquinas útiles para necesidades que había, para no trabajar, se han seguido produciendo otras máquinas que ya no sirven para nada más que para comprarse y venderse; y así resulta que el propio progreso del sistema ha inutilizado aquella promesa que las máquinas traían. Pero esto no debe volverse en un desprecio de las máquinas, que sería un desprecio del ingenio y de los descubrimientos del ingenio.

Yo aprecio mucho lo que tú ya has aclarado bastante bien: el ahorro que proporciona la producción automática: Si uno no pudiera hacer automáticamente gran cantidad de las cosas que hace todo los días, seguramente no podría tener lugar para pensar y sentir, como tú lo has dicho, no sólo en el caso del alfarero y del cestero, sino en cualesquiera otras actividades que hay que cumplir porque estás dentro de la Realidad: pues ir a felicitar el cumpleaños de la tía, tomar el metro, o cambiar de medio de locomoción; todas esas cosas, si no se hicieran maquinamente, pues es que nos habrían absorbido en todo; gracias a que se hacen sin pensar, a que se desarrollan mecanismos que nos permiten resolver sin acordarnos de todo eso; es como si tuviésemos que, para andar por la calle, ir pensando en lo que estamos haciendo y rigiendo a las piernas: gracias al automatismo bendito y a todo lo demás.

De manera que en eso hay que darle un poco la réplica también al desprecio de lo maquinal que rige el sistema, al mismo tiempo que la venta de las máquinas inútiles. Hay que recordar esto: ese desprecio está fundado en que se cree en el autor, se cree en la suma divinidad de las facultades superiores personales, que tú mismo has puesto bastante en ridículo con tu ejemplo, porque efectivamente para leerse el B.O.E. es muy difícil que uno pueda ya acudir al automatismo (se puede llegar hasta cierto punto, pero la verdad es que hay que prestarle atención), y son esas, las facultades superiores, con las que hay se hacen discusiones en un consejo de fábrica, o en un claustro de universidad, discusiones acerca de los planes de estudio y de los aumentos y demás de sueldos y todo eso. Todo eso se hace con las facultades superiores, y esas facultades superiores, sometidas a esos oficios, son las que bajo el Régimen se consideran lo más alto, y en nombre de ellas se hace desprecio de las actividades maquinales. Yo os he propuesto, o sugerido, un desprecio de las facultades superiores, porque sé que, no voy a decir siempre, pero mayoritariamente esas facultades superiores para

lo que sirven es para leer el B.O.E. y discutir el aumento de sueldos en claustro de instituto, o para comprarse un auto y elegir encima el modelo, y decidir casarse o no casarse, y cosas así; es para lo que se emplean: No siempre (no confundáis esto con una denuncia de la razón o de la inteligencia en general), pero hay que reconocer que mayoritariamente sirven para eso y el Poder está fundado en ellas, en esta admiración de las facultades superiores.

P.: Bueno, eh, por qué decías antes que hay (espera que estoy nervioso) que dices que hay que conformarse con conservar la tradición y ¿ por qué no nada más ?

A.: ¿ Cómo? ¿Cómo?: no sé si te entiendo bien la cuestión.

P.: ¿Por qué hay que conformarse solamente con mantener la contradicción entre Cultura y tradición? ¿Por qué sólo eso y no, pues no sé, así, someternos a la Cultura?

A.: Yo creo que es bastante evidente. Si no se mantiene esa contradicción, inmediatamente estás ya creyendo en lo que te cuentan por la Televisión, o lo que te mandan, estás ya someténdote. Es decir, que no mantener viva la contradicción, tal como he intentado hacer aquí, quiere decir someterse a los imperativos de la Cultura; no hay que hacerse ilusiones. Por tanto, es importante mantener esa contradicción, incluso para dedicarse, como ya en un par de ocasiones hemos dicho, a este juego del ten con ten, de cálculo de lo que se paga de sometimiento, de lo que se puede hacer en el otro sentido; pero, si uno no percibe en sí mismo y alrededor esa contradicción, uno está entregándose sin más, uno se está convirtiendo en un funcionario del Estado y del Capital, está dedicándose a cumplir las órdenes de arriba sin más; de forma que lo único que nos puede mantener vivos es el sentimiento de esa contradicción: por otra parte, no es difícil, porque uno mismo, personalmente, es contradictorio, está mal hecho; y quien no reconozca esta contradicción de uno mismo, y que en uno suceden cosas que uno no controla y que producen una especie de guerra dentro de uno mismo, pues es que es ya completamente idiota ¿no?. Todo el mundo tiene esta sensación de su propia contradicción, y eso es lo que nos puede quedar de vida. ¿Sí?

P.: ¿ Qué hay ? Mira, a mí mucha gente que me habla de qué voy a hacer con mi futuro inmediato o futuro lejano, o no sé si, o sea, qué diferencia hay entre futuro inmediato y futuro... futuro. O, ¿qué es el futuro? ¿sabes?. Y yo quisiera saber qué opinión tienes tú sobre esas dos distinciones, entre futuro inmediato y futuro lejano, o si es una misma cosa, o sea el futuro.

A.: Esa, esa división ...Sí, yo creo que entiendo por dónde vas. Cuando he estado denunciando el futuro en general, efectivamente alguien podría decir: bueno entonces ¿qué pasa?, ¿qué yo no puedo ni siquiera prever que ahí va a haber uno que me ataca, que al terminar este sendero va a haber un precipicio y tengo que tener cuidado? O más todavía: ¿es que yo, cuando veo que sale, ahí por la calle, sale un puño

cerca de mí, no voy a poder hacer así para parar el puñetazo? Porque, claro, uno puede exagerar y decir que, si se condena el futuro, pues se condenan hasta esos futuros inmediatos. Yo, a estas cosas, tal vez, ya no las llamaría futuro; en todo caso, a lo que he llamado futuro es un futuro que pasa por esa condición de *la idea*, de que uno se hace *idea* de ello. No se trata de que sea más o menos lejano, sino que tiene la condición ideal, la condición de ideación. De forma que supongo que el levantar la mano cuando te va a venir el golpe, o el prever que te puedas caer por un precipicio, a esas cosas ya no pienso que les haga falta propiamente ideación: entonces, ya no las llamo *futuro* en el mismo sentido. En todo caso, respecto a tu cuestión, no es cuestión, como tal vez algún sicólogo se crea, de más o menos lejanía, sino que hay una cosa que es contra la que he hablado, que es la idea, la idea, el hambre de mañana que requiere idea, no digamos ya el progreso de la Humanidad, o el llegar a Marte, pero hasta el pan de mañana requiere idea. Por eso Jesucristo en el monte, cuando hablaba contra eso, también decía: "no os preocupéis del día de mañana: el día de mañana se cuidará de si mismo". Quiere decir que, estaba hablando realmente contra el futuro del que yo hablo; porque uno no puede tener de verdad el hambre de mañana, no hay de verdad un pan de mañana; el pan de mañana es completamente ideal, el hambre de mañana, requiere ideación. Y luego hay, pues eso, hay efectivamente esas cosas que también se hacen de una manera, no voy a decir instintiva, pero tal vez maquinal, que es protegerse de un golpe que te pueda venir, o evitar caerte demasiado pronto, y eso ya no tiene por qué pasar por la idea, yo no lo llamaría futuro en el mismo sentido.

P.: ...lengua común y por qué surgen los idiomas y los pueblos y cuándo? Porque lo de la torre de Babel ya es una invención bastante tardía, lo de la Biblia, lo de la leyenda esta. ¿Cuándo verdaderamente se separa eso?, porque ahí debió de haber un salto importante ¿no?

A.: Sí, en realidad, la única forma en que conocemos el lenguaje es bajo la forma de idiomas, de lenguas de Babel. Las lenguas de Babel están más o menos alejadas unas de otras, forman familias, son más o menos distintas. Sabemos, desde que hay escritura y Cultura, que cambian, que pueden incluso cambiar de tipo de lengua; pero en todo caso la lengua de verdad no la conocemos, la lengua de verdad no la conocemos más que a través de los idiomas: ésa es la única forma real de aparición. Después descubrimos que, por muy distintas que sean las lenguas de Babel, hay algo en común, no en el vocabulario, que eso es ya cosa de la Realidad, de la Cultura, sino en el mecanismo gramatical, en la gramática misma, que está más profunda: hay algo en común, y entonces deducimos que por debajo de las lenguas de Babel hay una lengua común, que no existe, que la hay, está ahí, por debajo de las lenguas de Babel. Esto desde luego es lo que podemos saber con certidumbre en lo que se refiere a este último trocito de arriba que he pintado, en la Historia; pero de antes propiamente no sabemos; no sabemos cómo eran las lenguas, o si de alguna manera regía mucho más una gramática común. En todo caso, la imagen, el mito de Babel se refiere, desde luego, a un comienzo de la Historia ya en un sentido estricto, y una Historia que está ya en gran medida determinada por la diversidad de las lenguas. Otra cosa es que luego esa diversidad el Poder la aproveche, la desarrolle y cree, se llegue a la creación (que es lo que padecemos de hecho desde hace siglos) a la creación de len-

guas nacionales, que en verdad son estatales, o sea lo contrario de pueblo, de lengua común. Esto es ya un segundo proceso, el aprovechamiento de la diversidad -relativa, porque, antes de la operación del Poder, el paso de un arroyo a otro, el salto de un monte, podía determinar diferencias inapreciables en los dialectos, de tal forma que había una especie de infinitud en la diversidad. Pero para eso está el Poder, con sus Generales y sus Academias, que traza fronteras y dice dónde termina un pueblo y empieza otro, y lo hace sobre todo fundándose en una uniformización y regulación de la diversidad lingüística. Ésta es la última parte del proceso, que conviene recordar: es la más mortal: se llegan a crear lenguas nacionales, que llegan de una frontera a la otra, que están regidas por un centro, que tienen una academia: ésta es la culminación de la traición al pueblo en lo que toca a las lenguas.